

In memoriam
José Luis García de la Serrana

Fernando Vallespín Oña
Universidad Autónoma de Madrid
fernando.vallespin@uam.es

Querido José Luis:

Ya sé que no suele ser muy habitual eso de dirigirle una carta a quien no puede llegar a leerla. Tampoco se me escapa que no es el procedimiento más «académico» para homenajear a alguien del mundo universitario. Pero tú nunca creíste demasiado en ese tipo de convenciones. Tu visión de la universidad, como de la vida en general, no solía coincidir con los estereotipos sancionados. Estoy seguro, además, que te hubiera divertido saber que nuestra forma de recordarte públicamente aparecería en un formato tan privado. Me dirijo a ti en primera persona del plural, porque a través de esta carta estoy recogiendo lo que estoy seguro que es un sentir general de un buen puñado de amigos y compañeros tuyos. Hablo en nombre de quienes tanto te apreciamos por lo que significaste para nosotros como maestro y apoyo continuo en nuestro devenir personal y universitario. Todos los que nos sentimos conmocionados por tu imprevista y repentina muerte. Tan cercana a la de nuestro común maestro don Francisco, a quien tanto adorabas. Sabemos bien que el mero hecho de recordarte en el número de una revista en la que también se le evoca a él es ya para ti el mejor homenaje.

Tu contribución a la ciencia política no es conocida en la medida que merece por esa manía tuya de no publicar. Algunos te lo reprochábamos, a veces con una insistencia que llegaba a irritarte. Tu ciencia, tu asombrosa capacidad para el pensamiento, era para minorías, para los afortunados que podíamos departir contigo en esas eternas sobremesas o en conversaciones que robábamos en los momentos más disparatados del día. Casi siempre con alguna copa en la mano. Era un magisterio socrático en el sentido más literal de la palabra. Y en el que la palabra, precisamente, ocupaba el lugar central. Como el viejo Sócrates, te gustaba ponerte también en la posición de partera, de «inductor de pensamientos» más que de adoctrinador o supuesto sabio que graciosamente otorga sus conocimientos. Tu desafío fue siempre el buscar transgredir los límites de las convenciones teóricas, aunque a veces nos hicieras desbarrar a todos. Si hubiera algo por lo que te estamos particularmente agradecidos es por esa capacidad tuya para ironizar sobre cualquier tema de discusión para enlazar de seguido con alguna reflexión en la que, como en un exorcismo, todo acababa cobrando una nueva inteligibilidad. En este sentido nos enseñaste a pensar. Porque pensar significa ir contracorriente, romper con los convencionalismos e iniciar un proceso de permanente búsqueda del sentido a las cosas y al mundo que nos rodea. Se me ocurre ahora que esa famosa pregunta que se hacía tu querida Hannah Arendt, «¿dónde estamos cuando pensamos?», durante mucho tiempo tuvo para nosotros una respuesta obvia: «¡estamos con José Luis!».

A lo largo de todos aquellos maravillosos años en los que coincidimos en la Autónoma con don Francisco, cuando éramos recién licenciados, tu capacidad de entrega a todos

nosotros fue siempre ejemplar. Tanto don Francisco como tú mismo nos socializasteis en esa curiosa práctica de la tertulia, a la que erais tan aficionados los que veníais del sur. Nosotros participábamos con reticencia y gran timidez, como si estuviéramos exponiéndonos a un tremendo ridículo cada vez que abríamos la boca. Pero era mucho lo que acabábamos sacando de aquellas mañanas en las que nos dedicábamos por entero a destripar los principales acontecimientos políticos de un país en pleno proceso de cambio político, donde tan pronto se pasaba de un tema de actualidad al intercambio comunicativo de lecturas o al recuerdo de una España que jamás vivimos. Don Francisco siempre tuvo la doble capacidad de ejercer de memoria viva y, aunque parezca paradójico, de ponernos al día sobre la actualidad más rabiosa. Tú nos enseñaste a tirarle de la lengua y a atrevernos a preguntarle sin restricciones. Con el tiempo, cada uno de nosotros acabaría teniendo su relación particular con el Maestro, pero estoy seguro que ninguno estuvo tan cerca de él como tú. Ni —y afirmar esto ya es más arriesgado— con pocos tuvo tampoco tanta paciencia como contigo. Nada más aterrizar en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma, y casi sin darse cuenta, se encontró rodeado de repente de un curioso grupo de jovencísimos *frankfurtianos*. En Sociología andaban por entonces Ricardo Montoro y Jordi da Cambra, a quien pronto perdimos la pista; y en Derecho, Rafael del Águila y Alberto Oliet, que conmigo mismo formaban una curiosa escuadra ávida del Horkheimer, Adorno, Marcuse o Benjamín que tú nos ibas imbuyendo. Unos más que otros, como siempre ocurre.

La teoría crítica fue para mí —y supongo que también para todos los demás— la salida al mundo de la gran teoría, y el poso que me dejó vuelvo a encontrármelo a veces en reflexiones que me sobrevienen en los momentos más inesperados. La verdad es que nos sometiste a un proceso de formación mediante terapia de choque. Ser capaz de leer en profundidad a esos autores con esa edad sólo nos fue posible por tu generosa mediación. Muy posiblemente, llegaste a ser el máximo experto en España en la Escuela de Frankfurt. Pero, dada tu terca condición de ágrafo, eso sólo lo sabíamos quienes te conocíamos. Siempre les fuiste fiel a los viejos frankfurtianos y, aunque seguiste leyendo y formándote en una gran variedad de temas —teóricos, claro—, volvías a ellos de continuo. Todos acabamos teniendo nuestros autores favoritos y poco a poco nos fuimos forjando nuestro propio perfil académico. El tuyo permaneció anclado en lo esencial en el diseño que tú ya le diste desde esos primeros años de tu estancia en Madrid. Tu prioridad siempre fue la docencia y el contacto directo con los alumnos, el diálogo y la disertación, más que el cuidadoso cálculo de *tempos* académicos y la construcción de un currículum a partir de las obvias convenciones. O sea, un heterodoxo en un mundo universitario que enseguida empezó a caminar por las sendas de la especialización y los codazos por publicar con más o menos tino. Nunca encajaste en esta nueva universidad «a la americana» —aún recuerdo tu horror al volver de tu estancia en Estados Unidos—, donde la comunicación directa entre profesor y alumno ha pasado a un segundo plano —¿quién nos pregunta alguna vez cómo da-

mos las clases?— y sólo parece importar la cuantía de las publicaciones de cada cual; donde el criterio de la relevancia y la originalidad ha desaparecido en favor de la limpieza por cumplir con las convenciones intra-paradigmáticas. Como tú dirías con uno de esos típicos exabruptos, es una universidad de magníficos profesionales... pero incultos.

De todas formas, siempre tendiste a ver las cosas peor de lo que eran. No debe estar tan mal esta universidad si, en una revista como ésta, se te reserva un espacio para el recuerdo y es capaz de valorar a los que, como tú, contribuisteis a que fuera mejor. Primero en la UAM, luego en Málaga y, al fin, ironías de la vida para alguien tan entregado a la docencia, en la UNED. Esa misma universidad que tú ayudaste a crear sigue perviviendo en nosotros. Fuimos capaces de sobrevivir en ella y de empujar para mejorarla porque tu magisterio tuvo el efecto de estimularnos para llevar a cabo tu proyecto. Nunca nos pediste nada salvo que fuéramos capaces de pensar por nosotros mismos, y no nos toleraste jamás que subordináramos la búsqueda del conocimiento a las más mundanas metas de la carrera académica. En eso no todos te hemos seguido. Muchos caímos al final en una vida académica mucho más convencional, pero hasta el final de tus días te seguimos consultando y valorábamos tu opinión sobre nuestro trabajo como «la opinión que de verdad cuenta». Y nos la dabas sin rodeos y sin caer en la corrección política de otros colegas.

Una última cosa. Estoy seguro de que no esperabas que tus escritos fueran profusamente citados; no es ahí donde hay que medir tu «impacto». Tu impacto está en el recuerdo que de ti permanece en toda la retahíla de alumnos que pasaron por tus clases, en quienes tuvieron el placer de compartir un intercambio intelectual contigo, entre quienes te tuvimos como amigo. Para todos nosotros, estás mucho más vivo y has sido mucho más rico y fructífero que cualquier texto que hubiéramos podido leer. Muchas gracias, José Luis. Siempre estarás con nosotros, siempre te echaremos de menos.

Fernando VALLESPÍN OÑA
Amigo personal y Catedrático de Ciencia Política

